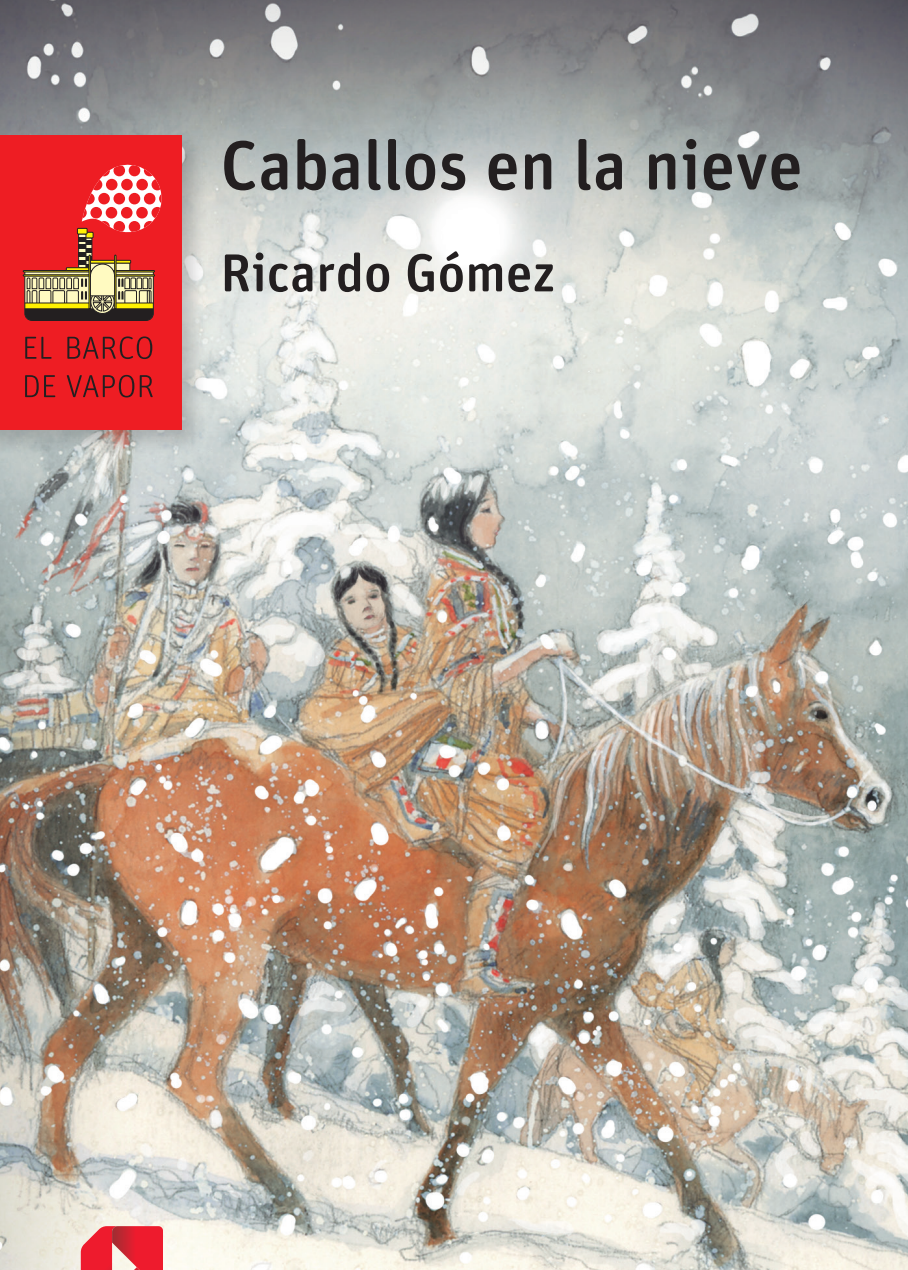
EL BARCO DE VAPOR

Caballos en la nieve

Ricardo Gómez



Ilustraciones de **Jesús Gabán**

sm

EL BARCO
DE VAPOR

Caballos en la nieve

Ricardo Gómez

Ilustraciones de Jesús Gabán

fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en
www.fundacion-sm.org

LITERATURA**SM**•COM

Primera edición: septiembre de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Ricardo Gómez, 2018
© de las ilustraciones: Jesús Gabán, 2018
© Ediciones SM, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-946-0
Depósito legal: M-25880-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRESENTACIÓN
La voz de los vivos

Para entender quién soy quizá deberíais haber leído un libro titulado *Ojo de Nube*, escrito hace ya un tiempo. Si no tenéis intención de hacerlo, o no lo encontráis, os diré que narra un período de la historia de mi pueblo, de una pequeña tribu crow que por entonces vivía cerca de las Montañas Brillantes. Desde tiempos remotos, los abuelos de mis abuelos y las abuelas de mis abuelas se establecieron en esos territorios que también eran del águila y del lobo, del puma y del bisonte. Cuando los hielos y el frío se adueñaban del lugar, mi pueblo viajaba hacia el sur, cuidando de los viejos que eran el pasado y de los niños que eran el porvenir. Caminaban con todas sus pertenencias hasta la región de las praderas verdes, donde crecían espigas y brotes tiernos a las orillas de mansos arroyos. Al llegar la estación seca, cuando el agua escaseaba y la hierba comenzaba a agostar, regresaban de nuevo al norte. Eso se hizo así durante generaciones, y así se lo contaban los ancianos a los niños. Así se pintaba en la piel de los tipis y se bordaba en las mantas que nos abrigaban. Aquellos viajes eran largos y a veces penosos, pero los míos siempre se sentían protegidos por el Gran

Espíritu, y la alegría de volver a las tierras donde se alzaban los tótems del poblado siempre caldeaba sus corazones.

Pero un día mi pueblo tuvo que huir de sus tierras y ya no pudo regresar. No solo se nos bloqueó el camino hacia las fértiles llanuras de caza situadas al sur. Tampoco pudo volver a los territorios de las Montañas Brillantes, donde el frío y el hielo nos hacían tiritar con la llegada del invierno. Tuvimos que marchar más al norte, a los Territorios Blancos que también eran del oso gris, del alce y de la nutria, a regiones que ni las águilas ni los bisontes de las praderas se atrevían a visitar. Allá donde era imposible encontrar granos de espigas para preparar la harina, y donde los frutos y los bulbos eran escasos y desconocidos, a veces mortales.

El final de *Ojo de Nube* cuenta precisamente esto: por qué tuvimos que huir de nuestras tierras y cómo los fusiles de los hombres blancos llegaron hasta Garganta del Ciervo. Al comienzo, mi pueblo se quedó en las montañas, soportando el frío, esperando que los malacosa volvieran a las malditas tierras de donde procedían. Pero los malacosa no regresaron, sino que llegaron en multitud, tratando de acosarnos por el hambre y el miedo. Al final, tuvimos que huir más hacia el norte.

Con los años, mi pueblo y otras tribus vecinas tuvimos caballos. Hermosos caballos que pastaban en las montañas y en altas praderas, que se dejaban cabalgar por los niños. Resistentes y veloces animales que nos ayudaban a recorrer las frías regiones en que habitábamos. Pero hubo un tiempo en que mi pueblo no conocía los caba-

llos, unos seres para los que no teníamos siquiera nombre, llegados de no se sabía dónde, cargando en sus lomos a aquellos sucios barbudos que nos llevaron al destierro.

En aquella lejana época, Ojo de Nube era casi un niño. Pero su hazaña, la de robar los caballos de los malacosa, le convirtió en el primer joven de nuestra tribu que pudo lucir en sus trenzas algunas plumas de águila. Tras muchas lunas y muchos acontecimientos, ese joven se fue convirtiendo en adulto y luego en anciano. Y cuando transcurrieron tantas lunas como el Gran Espíritu asigna a un hombre anciano y sabio, Ojo de Nube murió.

Quizá os entristezca conocer esta noticia, pero sabed que ese es el destino de todos los hombres y de todas las mujeres, sean niños, jóvenes, adultos o ancianos. Ojo de Nube y los suyos viven ahora eternamente en las Praderas del Cielo, cazando bisontes que son la fuente de vida para ellos y para nuestros antepasados y celebrando la llegada de la Luna Redonda.

Antes de revelaros quién soy y dónde estoy es necesario que os cuente una historia que arranca un poco más al norte de Garganta del Ciervo. Como quizá sepáis, porque esto se ha narrado en las leyendas de nuestro pueblo y de otros pueblos vecinos, Ojo de Nube era ciego. Esto solo quiere decir que no podía ver la luz de la luna ni apreciar el color de los árboles y de la nieve. Pero Ojo de Nube había aprendido a percibir muchas otras cosas que los ojos humanos no pueden ver, gracias a su madre, Abeto Floreciente.

En su memoria hablan las voces de los que seguimos vivos.

1
El invierno en la montaña

Yo aún no había nacido entonces, así que lo que voy a contaros ahora me lo contaron a mí. Dicen que, durante aquellos meses de frío, la obsesión era mantener el fuego. Sin fuego, solo protegidos por la piel de nuestros tipis, acosados por la nieve y la ventisca, estábamos perdidos. Los wintu o los kutenai, que vivían al norte, estaban preparados para resistir los cortos días y las duras noches de invierno, pero no los crow, que en la temporada del Sol Agachado viajábamos a las templadas regiones del sur. Hubo que aprender mucho en poco tiempo para mantenernos calientes: a secar la leña, a utilizar el pedernal con los dedos helados, a conservar las brasas día y noche, a cocinar sin llama en el interior del tipi...

Tampoco se contaba con suficiente ropa de abrigo, de modo que hubo que aprovechar cada hebra de pelo y cada pedazo de piel para fabricar manoplas, gorros y botas. Los once tipis habitables fueron quedando reducidos a seis, y las familias se reagruparon en esa media docena de tiendas para darse calor y compartir los pocos recursos de que disponíamos. Los cinco restantes se utilizaron

como almacenes de leña, de víveres, de huesos, e incluso de piedras con alguna cualidad especial. Todo objeto sólido podía ser útil para fabricar arpones, puntas de flecha, un recipiente o una trampa.

Si hubierais visitado nuestro poblado en las semanas más duras, se os habría roto el corazón. La mitad de los tipis parecían muertos, porque de ellos no se elevaba ninguna columna de humo. Muchos días, el camino entre las tiendas solía estar embarrado o helado. A nuestro alrededor, árboles que meses atrás nos ofrecieron sus frutos estaban desnudos de hojas. Al amanecer, el agua del arroyo fluía en hilos entre placas de hielo o globos de escarcha. Cuando azotaba la ventisca y no quedaba más remedio que salir del tipi a hacer nuestras necesidades, acarrear leña o atender alguna reparación, nos movíamos embozados y pesados como si fuéramos espectros.

Pero antes de llegar a esta situación tuvimos tiempo de acostumbrarnos. La llegada de la quinta luna en la montaña no se celebró como en otras ocasiones. Todo el mundo sabía que no se emprendería el viaje a las praderas, de modo que ni se hizo acopio de víveres para el camino, ni se talaron nuevos puntales para los tipis, ni nos reunimos en el Círculo Sagrado para invocar a los Espíritus que nos acompañarían en el largo recorrido. Había una callada resignación y, sobre todo, la determinación de sobrevivir.

Cuando Ojo de Nube, Mano Amarilla y Arco Certero llegaron al poblado con los caballos, supimos que nuestro destino tomaba un giro inesperado. Nadie, ni siquiera el jefe Trueno de Fuego, se atrevió a reprocharles ese robo. Los malacosa habían demostrado de sobra su deprava-

ción masacrando a los bisontes sin distinguir entre machos o hembras, viejos o crías, y profanando el tótem que identificaba nuestro territorio en las llanuras, de modo que teníamos motivos para no sentirnos a salvo. Ahora que habíamos robado sus caballos, solo era cuestión de tiempo que los malacosa nos descubrieran y aparecieran por allí.

Trueno de Fuego reunió al Consejo. Mientras los hombres debatían, las mujeres, los viejos y los niños escuchaban en un segundo círculo:

–No tienen por qué saber que hemos sido nosotros –decía Mano Amarilla–. Borramos todas las huellas, y pueden pensar que fue un acto de venganza de los osage por haber destruido su poblado.

–Es posible que los busquen primero a ellos, pero darán con nosotros. Basta con que un caballo se escape para que sigan el rastro que los conduce a nuestro poblado –decía Alce Veloz.

–Los caballos no escaparán –Arco Certero cortó, contundente.

–¿Quién dice que no escaparán? –cortó Trueno de Fuego–. Tú y tu hijo os habéis negado a que los encerremos en una cerca, como hacen los malacosa.

–No es natural que un animal viva prisionero –respondió Arco Certero–. Y mi hijo dice que no escaparán.

–¿Por qué no van a hacerlo? Ni siquiera sabemos cómo cuidar a esos animales. Puede que huyan al llegar el invierno, puede que mueran, puede que nos devoren a todos si sienten hambre...

–No se irán mientras no lo haga el jefe de la manada. Y mi hijo cuidará de que no sea así –afirmó rotundo Arco Certero.

Todos respetaban a Trueno de Fuego, pero pocos dudaban de las palabras de Arco Certero. Entre Ojo de Nube y el jefe de la manada de caballos, al que había dado el nombre de Viento-en-las-Patas, había una relación que muchos consideraban sobrenatural. El caballo no solo se dejaba montar por el muchacho, sino que lo acompañaba cuando este parecía oler el viento del sur con los ojos cerrados, cuando bajaba al río a notar la temperatura del agua, o simplemente si hablaba con Abeto Floreciente. Las veces en que Viento-en-las-Patas vagaba por el bosque para comer o buscar el sol, bastaba un silbido del muchacho para que el animal caminara dócil a su encuentro, ofreciendo su cabeza para ser acariciada.

Nunca habían vivido el invierno en las montañas, de modo que nadie podía imaginar los peligros a los que se enfrentaban. Muchos árboles comenzaban a amarillear las hojas o a perderlas, y día tras día podía notarse cómo los animales se retiraban o escondían. Una mañana, dejaban de oír el canto de los mirlos. Otra, desaparecían las ardillas. A la siguiente no quedaba rastro de lagartos o de truchas. Era como si el mundo se apagase. Del norte llegaron las primeras nubes densas, que parecían empujar el sol hacia la tierra. Y luego las lluvias. Primero, tibias; luego, más frías.

Al caer las primeras nevadas, adultos y niños habían trabajado mucho afianzando los largueros de los tipis, cubriendo el suelo con hojas secas bajo las pieles del piso, cavando zanjas de drenaje o acopiando todo lo que podía ser comestible y quedar oculto bajo la nieve. La primera noche que el viento sopló con fuerza y el día amaneció con un manto blanco que llegaba a la pantorrilla, tuvie-

ron conciencia de que aún debían pasar seis o siete lunas hasta que el lugar volviera a ser confortable. Aun así, nadie habló de la vida en las praderas, ni se quejó por el frío, ni se dejó vencer por la tristeza. Cuando alguien flaqueaba o se desesperanzaba, no faltaban voces que intentaban dar ánimos:

–Resistiremos el invierno y los malacosa se irán.

–Estas dificultades harán más fuerte a nuestro pueblo.

–El Gran Espíritu nos protege.

Las dos primeras cosas podían ser solo deseos, pero lo último era cierto. El Gran Espíritu no nos abandonó. Los bisontes seguían en el sur, como habríamos hecho nosotros, pero del norte llegaron pequeños rebaños de alces que nos proporcionaban la carne, la grasa y la piel que eran tan necesarias para nuestra supervivencia. Nuestros hombres, acostumbrados a cazar en espacios abiertos, tuvieron que habituarse a hacerlo entre los árboles que ramoneaban estos animales, donde encontraban otros regalos ofrecidos por los Espíritus del Bosque: vaguadas repletas de piñas, montículos de resina, praderas sembradas de setas o árboles cuya corteza estaba cubierta de líquenes que servían de yesca o nos aislaban del suelo helado... La Madre-que-da-la-Vida parecía querer mostrarnos que seguía siendo nuestra aliada.

Trueno de Fuego nos condujo con la prudencia y la sabiduría acostumbradas, y a saber si hubiéramos sobrevivido de no haber sido por él. Pero cuentan que a partir de las primeras nieves, a la salida y a la puesta del sol, solía ascender a un lugar escarpado y otear fijamente el sur, no se sabe si con la pretensión de divisar la llegada de nuestros enemigos o porque añoraba las llanuras que nos

ofrecían bienestar. A nadie abrió su corazón dolorido, pero parecía considerarse culpable de la llegada de los malacosa, con sus lanzas de trueno y sus pataslargas. Se volvió una persona huraña y silenciosa, y todos temieron que los espíritus de los ootkon se apoderaran de él. Un día, convocó al Consejo y declaró:

–Mi corazón está cansado. No soy la persona que puede conduciros hacia la primavera. Buscad a alguien que pueda hacer esta tarea.

Se eligió a Alce Veloz para sucederle. Mi madre me ha contado que Trueno de Fuego nunca se atrevió a reprochar a Arco Certero el haber robado los caballos a los hombres blancos. Pensaba, con razón, que aquel robo enfurecería a los malacosa, que estos no estaban dispuestos a olvidar la ofensa y que harían lo posible para recuperar a aquellos animales y castigar a los ladrones. De alguna manera le consideraba causante de nuestra desgracia.

Pero el tiempo demostró que, en el fondo, Trueno de Fuego estaba equivocado. Aquellos hombres barbudos, incapaces de respetar la vida de una hembra de bisonte preñada, ni de su cría, y que profanaban con sus hachas y balas un tótem, no necesitaban la excusa de un robo para ocupar nuestras tierras o acabar con nosotros. Para esos malacosa, la vida de un crow, de un piegan o de un osage valía menos aún que la de un bisonte. Entonces no sabíamos que las montañas nos sirvieron de protección. De habernos enfrentado a ellos en las llanuras, cuando atacaron nuestro tótem, no habríamos sobrevivido.

Todo el mundo acabó acostumbrándose a la presencia de los pataslargas, unos animales que al comienzo resultaron nerviosos y desconfiados. Dicen que los niños se pa-

saban horas contemplándolos, mientras algunos adultos recelaban de unos seres que, en contra del orden establecido por el Gran Espíritu, eran capaces de convivir con los humanos. En más de una ocasión, el viejo Pequeño Halcón protestó:

–¡No quiero que esas bestias se acerquen a mi tipi! ¡Cualquier noche me devorarán, y harán lo mismo con todos vosotros!

Ningún crow había soñado nunca montar sobre un animal. No entraba dentro del orden natural previsto por el Gran Espíritu. Admitían que Ojo de Nube lo hiciera, pero tampoco les parecía natural que un chico ciego tuviera esas facultades de oler u oír como lo hacían los animales. Los crow miraban con una mezcla de curiosidad y desconfianza a los pataslargas, pero ninguno hizo ademán de subir a un caballo ni manifestó ese deseo. Al menos, los crow adultos, porque los niños veían a Ojo de Nube con envidia y sí soñaban en que un día tendrían un pataslargas para ellos.

En el mundo crow, los brujos y los que han perdido la razón estaban en contacto directo con el Gran Espíritu, y debían ser respetados. Aunque Ojo de Nube no era una cosa ni la otra, todos consideraban que el chico ciego gozaba de los favores del Cielo, y por eso toleraban lo que parecían caprichos o excentricidades, como montar en Viento-en-las-Patas y desaparecer durante horas, no se sabía dónde. A su vuelta, solía hablar con su madre, y nadie se atrevía a preguntarle por su viaje.

Todos mostraban gran respeto por Abeto Floreciente, incluso quienes, cuando su hijo era solo un bebé, opinaban que ese muchacho ciego debía ser abandonado,

porque no supondría más que incomodidades y peligros para la tribu. Habituada a hablar con su hijo, Abeto Floreciente se convirtió en una gran narradora de historias, y en las noches heladoras, cuando el viento soplaba y amenazaba con derribar los largueros que afianzaban los tipis, se consolaban escuchando sus historias, en las que se contaban las grandes leyendas de los crow:

–Un día, uno de los Hijos del Cielo bajó a la tierra y se encontró con una partida de caza integrada por un anciano, un adulto y un joven. Adoptando forma humana, el espíritu se dirigió al anciano y le dijo...

Quienes vivieron aquellos tiempos cuentan que hubo días desoladores, cuando el viento ululaba sin parar y la nieve azotaba con furia, lo que obligaba a los crow a permanecer en sus tipis, ahumados y aburridos, soportando el llanto de los niños y los lamentos de los ancianos. Pero también había otros, cuando la nieve dejaba de caer y el sol iluminaba con tibieza el paisaje blanco, en que niños y adultos salían afuera y jugaban con la nieve. Eran días en que los cazadores salían con sus lanzas, sus flechas y sus cuchillos, a recoger la carne que les regalaba la Madreque-da-la-Vida.

Para muchos niños era un espectáculo ver cómo los caballos se cuidaban solos. Cómo se agrupaban en círculo para darse calor cuando el frío arreciaba, cambiando de vez en cuando el orden. Cómo olisqueaban el suelo antes de apartar la nieve con sus patas y acceder a la hierba escondida. Cómo ramoneaban ciertos arbustos y evitaban otros, seleccionando además las cortezas de algunos árboles. Solo Ojo de Nube, que se acercaba a los caballos y los acariciaba, había notado que con la llegada del frío

su pelaje se había hecho más espeso y duro, para protegerlos del helor y de la lluvia.

A mitad del invierno, algunos niños notaron que al menos dos yeguas estaban preñadas. Más o menos por aquellas fechas, Abeto Floreciente ya no pudo ocultar que ella también estaba embarazada.